

estaba reducido á representar en las cartas como cosas reales las invenciones ó ilusiones de la fantasía. Sin otro fundamento se hicieron cartas generales de aquel mar incógnito, pintando islas ó continentes donde parecia mas verisimil. Tal pudo ser el mapamundo que se dice haber traído de Italia el infante D. Pedro de Portugal para auxiliar á su hermano D. Enrique, donde suponen diseñados, tanto tiempo antes de conocerse, el cabo de Buena-esperanza y el estrecho de Magallanes con los nombres de frontera de África y cola del dragon. Igualmente fundada debió de ser la carta que Paulo físico envió á Lisboa, y la esfera terrestre que hizo Martin Behem ó de Bohemia. Ni por conservar esta tienen gran tesoro los archivos de Nuremberga, ni es de lamentar que el mapa del infante D. Pedro, ú otro semejante, haya desaparecido de los de Alcobaza. Sin estos documentos tenemos en tiempos mas recientes y aun en nuestros dias sobradas pruebas de la ligereza de los geógrafos. En los de aquel siglo fué tanto mas notable la liviandad en inventar, discurrir y forjar sistemas arbitrarios, quanto eran menos las luces: que de ordinario la vanidad y el arrojado siguen á la ignorancia.

II Teníanse algunas noticias fidedignas de los términos orientales del continente antiguo desde la pe-

nínsula de Malaca hasta la de Corea por las relaciones de Marco Polo, el primero y último europeo que se supiese haber visitado regiones tan distantes. De los millares de islas derramadas por el archipiélago asiático comunicó el mismo ciertas nociones vagas habidas de los pilotos chinos. El anchuroso espacio contenido entre aquellas islas y las del África ocupadas poco antes por los españoles y portugueses, era todavía para nuestros navegantes, nada menos que para los árabes, un mar de tinieblas. Su enorme grandeza habia hecho sospechar en todos tiempos que allí se ocultaban tierras de increíble extension. Empero bien consideradas todas las autoridades, tradiciones y cartas, en nada habia certidumbre, ni aun probabilidad tan fundada que pudiese librar de la nota de temerario y loco á quien se arrojase á buscar aventuras sin destino en un inmenso piélago. En vano las habian buscado los antiguos cartagineses, los árabes del tiempo medio, y los modernos descubridores de Portugal y España. La infructuosa porfía de los últimos parecia una demonstracion clara de que si realmente existian las decantadas tierras occidentales, no estaban á una distancia proporcionada de aquellas adonde era necesario volver para salvar las vidas. Persistiendo esta necesidad ni los aventureros podian

internarse lo suficiente en el golfo, ni hubieran insistido mucho en unas tentativas tan inútiles como arriesgadas y costosas. Mas la eterna providencia, al tiempo que habia destinado abrir la mutua comunicacion de ambos mundos, deparó un hombre extraordinario que descubriese caminos nuevos.

12 Fué este Cristobal Colombo, ó Colón, como él quiso llamarse despues de establecido en España, naturalizando su persona y apellido en el país donde meditó y logró hacerse cabeza de una ilustrísima familia. Nació en la ciudad de Génova por los años 1446. Su padre Domingo, aunque ciudadano de aquella capital, tenia fábrica y tienda de tegidos de lana, no alcanzando á la honrada subsistencia de su casa las posesiones del corto patrimonio que le habian dejado sus mayores en el Placentino. Empleó Cristobal la tierna edad en el estudio de las letras: poco tardó en aprender la lengua latina y los principios matemáticos que bastaban para entender los autores de cosmografía, á cuya lectura se mostró particularmente inclinado. A los catorce años, vuelto de la universidad de Pavía á su patria, emprendió la profesion náutica, y la siguió por veinte y tres continuos con tal aplicacion y constancia, que jamas estuvo fuera del mar tiempo considerable. Tuvo industria para

satisfacer su ilimitada curiosidad, navegando todos los mares frequentados por los europeos. Y aun con deseo de adelantar sobre lo conocido discurrió por el océano septentrional cien leguas mas allá de la isla de Islandia, la última Thule, ó límite de lo que se creyó navegable hasta aquella era. Donde quiera que aportase procuraba trato y conversacion con los naturales para adquirir noticias de la tierra. Las cuales comparaba con los escritos de los autores, y enriquecia con observaciones propias. A esta práctica tan ingeniosa y diligente añadió el conocimiento de las ciencias auxiliares de la navegacion, el uso de la sana astronomía, el arte del dibujo geográfico, y mano expedita y primorosa para delinear y construir cartas, esferas y otros instrumentos.

13 Para consumir la carrera, y grangearse el alto honor y estado á que le incitaban sus generosos pensamientos, se estableció en Lisboa ácia fines del reynado de Alfonso V. Ya entonces los portugueses obtenian justamente el concepto universal de primeros navegantes del mundo; y el ministerio, enseñado del infante D. Enrique y de la experiencia, hacia buen acogimiento y partido á qualesquiera extranjeros aventajados en la cosmografía y marinería. En efecto fué Colón muy bien recibido, hizo repetidos via-

ges á los nuevos descubrimientos, y por este medio y el egercicio de hacer cartas adquirió muy presto con que vivir honradamente, socorrer á sus padres necesitados, y ayudar á la crianza de sus hermanos menores. Logró ademas tanta estimacion, que mereció se le diese en matrimonio á doña Felipa Muñiz Perestrelo, hija del primer poblador de Porto-santo, caballero de la real casa, y en cuya ilustre familia estaba perpetuada la capitanía y gobernacion de aquella isla. De este ventajoso enlace tomó nueva ocasion para ilustrarse y levantar el espíritu á cosas mayores. En una casa cuyo ser y lustre procedia de las empresas marítimas, era el conversar de ellas un plato muy frecuente y sabroso. Los papeles del difunto Bartolomé Perestrelo llamaron la atencion del hierno para examinar el origen y progreso, las causas y fines de las expediciones portuguesas. Advirtiendo la suma lentitud é incertidumbre con que se caminaba en orden al objeto principal de ocupar el rico comercio de la India, se entregó á continuas y profundas meditaciones, con la idea de facilitar una empresa que se consideraba no menos árdua que importante.

14 Mientras andaba juntando y combinando especies, su concuñado Pedro Correa, que tuvo algun

tiempo la capitanía de Porto-santo, le dió noticia cierta de haber traído allí los vientos occidentales algunos maderos labrados sin hierro, y cañas de extraordinaria magnitud como las que Ptolomeo describe en lo último de la India. Confirmaban esta particularidad otros varios, y aun el mismo rey á quien se habian presentado pedazos de tales cañas. Semejantes muestras de tierra se vieron en las islas de Madera y de los Azores, y mar adentro á la parte de occidente, en especial dos cadáveres de semblante y parecer muy diverso de los hombres que se conocian. Aunque no adolecia Colón de la facilidad y ligereza de los geógrafos y navegantes de su edad; pero estos indicios, y los vientos de poniente que se observaban de tiempo en tiempo, y no duraban sino algunos dias, le inclinaron á persuadirse que debia de haber tierras á una distancia accesible; ni era maravilla si no se habian descubierto, quando nadie habia penetrado cien leguas por aquel rumbo.

15 Conjeturó ademas que las tierras indicadas podrian ser las extremidades de la India, inducido por graves fundamentos de autoridad y de razon. Todos los antiguos extendian enormemente la longitud del Asia. El país de los seres coincidia con los fines occidentales del presente imperio de la China, y se-

gun Ptolomeo estaba situado á las doce horas del meridiano de las Canarias, esto es por los 180 grados. Pero Marino tirio lo puso á las quince horas ó 225 grados. Abrazó Colón esta cuenta que frisaba con sus ideas, y parecia mas conforme á la opinion recibida. Sigue adelante la tierra que llamaban incógnita, y suponian muy dilatada. Verificóse esta suposicion por las relaciones de Marco Polo, el qual dió noticia de países que sin temor de exceso en el cálculo podian situarse al oriente de los serres otras dos horas. Restan siete para complemento de las 24 en que se divide el ámbito de la esfera: y de esas siete todavía se ha de rebajar cerca de una por razon del espacio nuevamente reconocido al occidente del meridiano de las Canarias, de donde comenzaron sus cuentas Marino y Ptolomeo. Fuera de que ignorándose los límites de la última India ó tierra incógnita, bien podria ser que sus costas ó islas adyacentes continuasen tanto, que la distancia de ellas á la Europa fuese mucho mas corta de lo que se pensaba. Así lo sospechó Aristóteles, y Séneca afirmó resueltamente que favoreciendo el viento en muy pocos dias pudiera navegarse á la India desde los puertos de España. Como quiera no podia mediar tan grande espacio de mar entre las tierras orientales y las islas de los Azores ó las de Cabo-

verde, que debiese retraer á los peritos y animosos descubridores: mayormente si fuese cierta la opinion de Alfragano, el qual hacia la longitud del globo terráqueo hartó menor que otros geógrafos, dando á cada grado del equador no sesenta millas, sino solas cincuenta y seis y un tercio: cuya errada medida pareció comprobarse con repetidas y diligentes observaciones.

16 De este modo raciocinaba Colón, quando ya los portugueses habian pasado la línea, y ni aun noticia tenian del término meridional del Africa, ni menos seguridad de descubrir por allí el suspirado tránsito á la India. Mas dado que al fin se lograse esta navegacion, siempre habia de ser, como lo es en la realidad, sumamente larga y trabajosa. Por lo qual, suponiendo cierta la extension atribuida al Asia por los autores clásicos, creídos infalibles en el siglo XV, justamente colegia que sería mucho mas breve y acertado el paso á los mares orientales por la via de occidente.

17 Habia tiempo que Colón traía esta máquina en su mente, leyendo y meditando sin cesar para perfeccionarla. Cada dia se iba poseyendo mas de su especioso plan, y con la misma proporcion se le encendia el deseo de ponerlo en obra. Contuvo no

obstante este fuego con prudente circunspeccion hasta apurar todos los medios de un examen sábio y detenido. Llegó á entender que Paulo Toscanelli, médico florentin, habia escrito á Fernando Martinz, canonigo de Lisboa, sobre la navegacion que podrian hacer los portugueses por el occidente. Complacido al ver que sus ideas convenian con las de un hombre doctísimo en la astronomía, y ansioso de nuevas luces, le comunicó su pensamiento y resolucion. Nada menos se complació Toscanelli con la carta de un navegante de tanto saber y espíritu, y satisfizo á su curiosidad en tales términos, que si bien no añadió claridad alguna á la propuesta teoría, la confirmó con su autoridad, aplaudió el intento, y puso espuelas para egecutarlo. Exageró sobre manera la opulencia y grandeza de las primeras tierras que facilmente se hallarian. Las islas asiáticas, de que Marco Polo dió ligeras nociones, él las pintó riquísimas y pobladas de mercaderes. La reyna de ellas, la famosa Cipango ó Japon, era muy abundante de oro, perlas y piedras preciosas: allí los templos y los palacios se cubren con planchas de oro fino. Superiores sin comparacion se figuran las últimas regiones del continente, sobre todas la provincia del Catayo, y la de Mango, en cuya capital Quinsay, ó ciudad

del cielo, suele morar el gran kan, ó rey de reyes: donde florecen las artes y las ciencias bajo un gobierno sábio, donde reyna la abundancia, en particular de oro, plata, piedras preciosas, joyas y toda suerte de especería. La poblacion del imperio es inmensa, las ciudades innumerables, contándose doscientas en solo un rio con soberbios puentes de marmol adornados de muchas columnas. Las fábricas, los jardines, los palacios reales, todo es prodigioso. Añádese la humanidad de las gentes, el deseo de tratar con christianos, la gran facilidad de enriquecer con el comercio, y que tantos bienes se pierden por no haberse hallado el breve camino que se intentaba por el mar. Apoyaba su magnífica descripcion, no solo en las relaciones de Polo, Mandeville y Nicolas de Conti, contestes en la superior riqueza de la India tercera, que así vino á llamarse la parte mas oriental del Asia, sino tambien de otros ilustres y doctos viajeros con quienes él habia conversado. Semejantes especies acalararon por extremo el ánimo de Colón, estimularon su ambicion noble, y le aumentaron el concepto y deseo de la empresa. Para mas facilitarla diseñó Toscanelli en un mapa del océano occidental varias islas que servirian de escala en qualquier acontecimiento. Con la soñada Antilla contaba sobre se-

guro. Colón debió de omitir esos diseños en la esfera que le habia remitido para declarar su ideada derrota, pero aunque menos crédulo no dejó de persuadirse que hallaría tierras en el camino. Seguía la opinion corriente en aquel siglo de que los mares ocupaban la menor parte de la superficie del globo: y sabiendo por evidentes demostraciones de cosmografía, quan pequeña era la extension de los países conocidos, no podia menos de suponer que en los espacios del océano hubiese alguna tierra firme, ó muy grandes islas contrapuestas al continente antiguo, segun el parecer de Aristóteles.

18 Confirmáronle en ello ciertos autores clásicos, así filósofos, como geógrafos é historiadores, cuyos testimonios él registró y consideró con singular atencion. Halló á todos contestes en el hecho, aunque vários y discordes en las circunstancias. Por donde con buena razon pudo colegir que sus noticias tenian verdadero fundamento en antiguas relaciones desfiguradas con el transcurso del tiempo: las quales podian traer origen de navegantes derrotados, ahora fuesen moradores de las regiones atlánticas que por fortuna se salvaran en nuestro continente, ó bien naturales de este que habiéndolas reconocido volviesen á él superando una infinidad de dificultades y peligros á que

ninguno despues osara aventurarse. Los testimonios de diversos autores hacen probables ambas conjeturas, mas en quanto á la tradicion sobre la existencia de tierras en el atlántico no dejan la menor duda. Platon, filósofo de suma gravedad, trae varias antigüedades comunicadas al sábio Solón por los sacerdotes de Egipto, y entre otras afirma como cosa cierta, que la sumergida Atlántida ocupó lo largo del océano desde la boca del estrecho de Gibraltar; que de la otra parte habia diferentes islas, y en seguida un continente. Tambien Eliano, refiriéndose á una tradicion antigua, dijo que la Europa, el Asia y el África eran una isla cercada por todas partes del mar, y dentro en el océano estaba el verdadero continente riquísimo de oro y plata. Por otras tradiciones escribieron Virgilio y Plinio de las islas Hespérides situadas al occidente á quarenta dias de navegacion de las Górgades, ó de Cabo-verde, como interpretaba Colón: el qual parece haber hecho pie en esta indicacion para disponer el rumbo de su viage. Creyó sin duda que atravesando por allí el océano en demanda de la India oriental, hallaría de paso algunas tierras felices. La gloria de este hallazgo le inflamaba quizá mas que el principal intento. Y como es natural en un hombre empeñado y acalorado, con-

vencerse de lo que ardientemente desea; acontecióle en ambas empresas, que juzgándolas al principio puramente posibles, las tuvo al fin por ciertas de todo punto, prometiéndose del suceso de ellas un alto estado y un honor inmortal en la posteridad. Por solo haber descubierto algunas islas, veía en Portugal honrados y premiados con sus gobiernos ó capitánías á varios navegantes extranjeros: ¿que no debía esperar el autor del negocio mayor del mundo?

19 Con tal entusiasmo y confianza descubrió el plan de sus ideas al magnánimo Juan II, en cuyo reino estaba naturalizado, y donde habia mejor disposicion para juzgarlas y aceptarlas que en otra parte alguna. Mas fué en sazón poco favorable. El rey en los principios de su exaltacion al trono ardia en deseos de promover el comercio de África y acabar de descubrir sus costas. Los rescates de esclavos, oro, marfil y otros preciosos efectos, iban en grande aumento; y para fomentarlos se disponia una fortaleza y poblacion en la Mina, que ademas de asegurar á los trahantes, diese feliz principio á las conquistas portuguesas, y á la propagacion de la fé en aquellas tierras de infieles. Juntos por real orden los mas acreditados cosmógrafos trabajaban con ardor por adelantar la náutica y los descubrimientos de la otra parte de la

equinoccial hasta los mares de la India, que ya conjeturaban cercanos, segun la direccion de las costas para el oriente. Estas esperanzas y miras parecian tan fundadas y gloriosas, como ciertas las ganancias de los rescates. Tratábase en suma de cultivar unas posesiones muy fértiles, y con sus mismos fondos adquirir otras vecinas de infinito valor. Ocupado el rey de tan prudente sistema recibió con frialdad la proposicion de Colón: no obstante, á fuerza de repetidas instancias, la hizo examinar por D. Diego Ortiz, obispo de Ceuta, y los médicos Rodrigo y Josef, á cuyo cargo estaban los asuntos de cosmografía y descubrimientos. Todos mostraron desafecto á la empresa. No así el advertido monarca, quien libre de pasion y con mas alto espíritu oyó por su persona al autor, y juzgó buenas sus razones. Procedióse á capitular, y facilmente se hubiera concluido, si Colón se contentara con algun dictado honorífico y la gobernacion perpetua de las tierras que descubriese, como era costumbre. Mas pensaba tan altamente de su mérito y de la grandeza del negocio, que no queria ofrecer sus servicios á menos precio que el de asegurarse honores y provechos extraordinarios.

20 Andando en estos tratos, por consejo del obispo de Ceuta se mandó aprestar una caravela, y so